

dos los sufrimientos extirpando con el bisturí la raíz del mal, sin inquietarse de si el hombre debe pagar esa operación con la vida, arranca del corazón el temor del pecado, desarraigando la fe, como si ese temor fuese algún mal. Desde el principio, enseña Rothe, el pecado reina en el hombre por necesidad de naturaleza. ⁽¹⁾ Hegel da las más amplias explicaciones acerca de este punto. En tanto que la voluntad queda inactiva, dice, jamás se peca; si, pues, pudiese quedar eternamente inactiva, nunca se produciría un pecado; pero es claro que la libertad debe naturalmente salir de la voluntad, y la naturaleza es limitada y finita; luego la libertad consiste en que el hombre se considere como infinito, y derribe todas las barreras para vencer esa limitación que le es natural. Así se encuentra establecido el origen del mal, ⁽²⁾ y aun su necesidad. ⁽³⁾

¡Verdaderamente es para el hombre una doctrina consoladora, que el mal proceda así de su naturaleza con una fuerza tal que no puede evitarla! En ese caso, cualquiera que sea la situación en que se halle, que sea fuerte ó débil, rico ó pobre, encontrará siempre una razón para disculparse.

Antes se apelaba á la debilidad humana; ya Platón estaba persuadido de que nadie podrá negar que nuestra frágil naturaleza y el mundo todo están envueltos por el mal, ⁽⁴⁾ y el antiguo poeta cantaba: Si el crimen no es el derecho de los mortales, forma por lo menos parte de su naturaleza. ⁽⁵⁾

Hoy, la filosofía se atiende con preferencia á los espíritus fuertes y elevados, reivindicando para ellos con singular insistencia el derecho al pecado. Que el pobre y el ignorante se atengan, pues, á los antiguos prejuicios; el hombre excepcional podrá, conociendo su propia sublimidad,

(1) Rothe, *Dogmatik*, II, 2, 298.

(2) Hegel, *Philosophie der Religion* (G. W., XI, 236 y sig., 259 y sig.); *Philosophie des Rechts*, § 139 (VIII, 184).

(3) *Ibid.*, VIII, 185.

(4) Platón, *Theatet.*, 25, p. 176, a.

(5) Homérid., *Hymn. Apoll.*, 154.

rebasar seguramente todos los límites. Si un mendigo, que sólo tiene un pedazo de pan para llevar á la boca, no tiene deseos de jugar, no es mérito alguno de su parte; ¡no faltaría más que en su pobreza sintiese aún esas inclinaciones! Pero el millonario y el potentado, á quien nadie puede imponer limitaciones, tienen perfecto derecho á decir que su situación les da ciertos privilegios. Cuanto más independiente es una criatura, cuanto más rica en dones, cuanto más elevada, dice Pfeiderer, más tentada está de decidirse por sí misma. Es, por lo tanto, absolutamente necesario que esta voluntad de existir solo, que ordinariamente llamamos egoísmo, se acentúe en la criatura más perfecta, en el hombre; que se convierta en la *individualidad* del mal, no á pesar de su perfección, sino precisamente á causa de ella. ⁽¹⁾

En estas palabras tenemos la doctrina fundamental de la filosofía del mal: según ella, el pecado no es ya excusa, sino que el hombre lo reivindica como un derecho, como una prueba de fuerza, como un signo de talento, como una distinción honorífica.

El hombre, según afirma el llamado espíritu moderno, debe saber que el egoísmo no es un presente de la naturaleza corrompida, sino su mayor distinción, y que precisamente divinizándose á sí mismo, es como llega al verdadero amor de Dios. El amor no existe más que entre iguales. El hombre debe ponerse en presencia de Dios, no como un ser subordinado que se somete á un superior, sino como un ser que se conoce á sí mismo, que quiere, que se hace valer como dueño que es de sí, no dependiendo en manera alguna de la voluntad de Dios; como un ser autónomo, como libre creador de su propia ley. Que se deje á los niños, y á los hombres sin carácter, el cuidado de someterse á Dios; pero él, que sabe lo que puede, lo que es, sólo se presta al servicio y al amor de Dios, en cuanto le place, y en la medida que le place; y si esto no le conviene, no hace nada malo, pues no hace más que usar de su poder y de su derecho.

(1) Pfeiderer, *Die religion*, I, 319; cf. 300.

Tal es, en sus puntos esenciales, la enseñanza de Pfeiderer, que lógicamente no ha hecho más que ser continuador de Kant.

7. El mal ¿constituye una sola y misma cosa con el bien?—Sin embargo, esto no es todo aún; si ese espíritu que se alaba de dar á la humanidad una civilización y una moral más perfectas de lo que puede hacer el Cristianismo; si el espíritu de la falsa civilización cree poder realizar su tarea enseñando á su discípulo que el mal es inevitable y necesario, entonces está en la naturaleza de las cosas que su hermano gemelo, ese espíritu que promete guiar al mundo á la verdadera libertad, no quiera quedarse atrás, sino que diga al hombre que estará privado de libertad hasta que no rompa con las creencias tradicionales concernientes al bien y al mal.

Tiempo es ya de decir abiertamente que el bien sin el mal ni siquiera es posible.

«El mal es únicamente vía que conduce al bien», ⁽¹⁾ hace decir Byron al primogénito del pecado, al fratricida: así debe hablar quien esté ávido de merecer la alabanza de que se halla á la altura de su época; el que tiembla ante esa palabra, demuestra solamente que es un esclavo de las antiguas preocupaciones é inaccesible á la nueva libertad.

Desgraciadamente son muchos los pensadores modernos que encuentran muy natural esa idea: Ricardo Rothe no vacila en declarar el mal como un medio indispensable para llegar al bien; ⁽²⁾ Pfeiderer no ve en el mal otra cosa que una etapa para llegar al bien creado; ⁽³⁾ Vatke, Sigwart ⁽⁴⁾ y Bastián ⁽⁵⁾ son todavía más audaces, diciendo sin pudor que una virtud, si jamás ha pecado, es á lo más capaz de bien, pero no una virtud duradera y propia-

(1) Byron, *Werke, deutsch von Boettger* (Leipzig 1847), VII, 180.

(2) Rothe, *Ethik*, (2) III, 48 y sig.; 51 y sig.; cf., III, 35 y sig.

(3) Pfeiderer, *Die Religion*, I, 317.

(4) Vatke, *Die menschliche Freiheit*, 79 y sig., 69, 75, 133, 171, 262. Sigwart, *Problem des Bösen*, 151 (Chalybæus, *Ethik*, I, 347 y sig.

(5) Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, I, 237.

mente dicha; pues sólo por el pecado de hecho se hace realmente virtuoso el acto humano. Pero si la vía que conduce al bien es la condición de la virtud, el mal es entonces la realización del bien; entonces es tan necesario y legítimo como el bien, y hasta forma parte de la virtud.

En ese caso, es muy comprensible que encontremos establecido el principio de que no hay diferencia esencial entre el mal y el bien, que el pecado y la virtud son en el fondo una misma cosa.

Es una doctrina terrible, pero el Humanismo la ha enseñado, pues debió llegar á ella una vez colocado en su punto de vista. Esa doctrina estaba ya esparcida entre los griegos; ⁽¹⁾ fueron, sin embargo, entre ellos filósofos de reputación dudosa los que llevaron la temeridad hasta prestarle su nombre, como Arquelao de Mileto ⁽²⁾ y Crisippo. ⁽³⁾ Á este último se unió, en esa triste enseñanza, su enemigo irreconciliable en todo lo demás, Carneades, ese hablador inagotable, que, no obstante su aspecto inhumano, pues ni sus cabellos ni sus uñas conocían las tijeras, ⁽⁴⁾ encantaba con su lengua omnipotente á la juventud romana, con gran despecho de Catón, ⁽⁵⁾ el sofista sin igual, que se distinguía hoy entusiasmando al mundo por la justicia, y mañana convenciéndole de que nada puede hacer para practicarla. ⁽⁶⁾ Pirron, el escéptico, es un digno miembro de esa liga; la necesidad y su naturaleza vulgar le habían obligado á cambiar el noble arte de la pintura por el oficio más lucrativo de vendedor de aves y de puercos; ⁽⁷⁾ pero como prefería vivir á expensas de sus amigos, tuvo en esta situación bastantes ocios para seguir su inclinación á la filosofía, y dar al mundo la enseñanza que

(1) Clemente Rom., *Recognit.*, 10, 5.

(2) Diogen. Laert., 2, 4, 16. Müllach, *Fragm. phil. Græc.*, I, 258.

(3) Aulo Gelio, 6, 1.

(4) Diogen. Laert., 4, 9, 62.

(5) Plutarco, *Cato major*, 22, 3, 4.

(6) Cicerón, *Republ.*, 3, 6, 7, 15 y sig. Lactanc., *Institut.*, 5, 14, 16. *Epitome instit.*, 55.

(7) Diogen. Laert., 9, 11, 62, 66.

lleva su nombre, y según la cual, nada hay verdadero ni seguro, sino que lo verdadero es tan verdadero como lo falso, y que lo falso es tan falso como lo verdadero. Justicia é injusticia, honor y oprobio, vida y muerte, todo es idéntico. ⁽¹⁾

En honra de la antigüedad debemos decir que nadie logró mucha estimación con esa enseñanza; hoy es ya otra cosa. No indagaremos si esto es un progreso hacia el bien; pero lo cierto es que hoy cualquiera puede fácilmente adquirir reputación si tiene la audacia de decir con Hegel: Lo falso no existe como tampoco el mal; ⁽²⁾ el bien y el mal son tanto la misma cosa como no lo son. ⁽³⁾

Sin duda habrá siempre hombres á quienes esa afirmación parezca una blasfemia; sin embargo, no debemos disimularnos que tiene todas las probabilidades de prevalecer en el porvenir, pues cuanto más se extiende la religión que el mundo aun tolera, es decir el panteísmo, más debe dominar la opinión indicada acerca del bien y del mal. El panteísmo no tiene otra doctrina de la virtud: donde el mundo y la historia, el hombre y sus cualidades no son más que un desenvolvimiento de la naturaleza divina, el bien y el mal no pueden ser esencialmente diferentes, el mal no puede siquiera ser una imperfección, sino tan solo una transición y una preparación para el bien; el ser, en cualquiera de sus grados, será igualmente feo y bello, bueno y malo, igualmente necesario, igualmente divino. ⁽⁴⁾

En ese caso, justo sería afirmar con Víctor Considerant y Boutteville que la cuestión del origen del mal no tiene sentido. El mal existe; por consiguiente, siempre ha existido; el bien y el mal desaparecen en el insaciable estómago del todo. El mal es una condición esencial á la existencia del orden del mundo; no tiene origen. ⁽⁵⁾

Creerán muchos que en este, como en otros puntos, lu-

(1) Diogen. Laert., 9, 11, 62, 101.

(2) Hegel, *Phänomenologie des Geistes*, (G. W., II, 29).

(3) *Ibid.*, 365; cf. 562.

(4) Maret, *Der Pantheismus* (Widmer, 2) 226 y sig.

(5) Boutteville, *La morale de l'Église et la morale naturelle*, 52,

chamos con molinos de viento, y que no deberíamos perder el tiempo con extravagantes caprichos filosóficos, que ninguna influencia tienen en la vida real. Sabido es que, en su afán de pasar por ingeniosos, los espíritus despreocupados hacen afirmaciones en que ellos mismos no creen. ¿Quién, pues, los tomará por guías cuando se trate de la vida real?

Detrás de ese error, tan bello en apaciencia, se atrincheran la indiferencia y la falta de atención, para permitir al enemigo hacerse con más seguridad dueño del campo. No, la filosofía no carece de influencia en la vida. Aun sus ideas más extravagantes la dominan más de lo que generalmente se cree, y es fácil convencerse de ello.

Nadie dudará que Béranger ejerció una gran influencia en su pueblo y en su época; si ese poeta se prestó á expender al detall la doctrina de Hegel, no es dudoso que se haya infiltrado en los espíritus. ¡Y con qué fuerza de seducción no lo ha hecho! Recordamos su innoble canción: *Las dos hermanas de la caridad*, en que mueren al mismo tiempo una hermana de la caridad y una bailarina. La religiosa es llevada al cielo por los ángeles, la bailarina por un enjambre de amorcillos. A la primera no se digna San Pedro dirigirle una palabra; á la segunda, que murió excomulgada y empieza á blasfemar contra los sombríos curas, le da cordialmente la bienvenida. Nada tiene que alegar la religiosa, sino que practicó siempre obras de caridad y consoló á los moribundos; la bailarina se alaba de haberse sacrificado también para hacer que los desgraciados olvidaran un instante sus miserias en la embriaguez de los placeres sensuales, y supieran amar la vida. «Entrad, santas mujeres, contesta el portero de los elegidos; vuestras almas están llenas de caridad; mi Dios nada más exige. Se admite en su imperio á todo el que haya secado lágrimas, ya tenga corona de mártires ó de flores». ⁽¹⁾

8. ¿Es algo más bello y sublime que el bien?—

(1) Béranger, *Chansons* (Bruxelles. 1832, I, 244 y sig.).

Parecería imposible una ruina más completa de todas las ideas morales; sin embargo, la senda del mal está llena de precipicios sin número, y cuya profundidad es inconmensurable: quien se aventura en él, y no retrocede á tiempo, nadie puede saber en qué abismo se precipitará. Sucede en esto lo que vemos cada estío á propósito de los que exponen su vida en ascensiones peligrosas: para cada víctima de la temeridad, hay siempre tres, y diez que quieren dar que hablar de sí con una temeridad mayor aún. La muda admiración de la muchedumbre incita sin cesar á nuevas audacias. Y esa admiración, la aprobación ruidosa, la remuneración espléndida con que se recompensa á los que hacen iguales el mal y el bien deben naturalmente animar á otros para ser más radicales aún.

De ese modo se explica una doctrina en que insisten con verdadera complacencia escritores de estética, literatos, y como es natural, cuantos viven del favor del pueblo; la doctrina de que en el mal hay, no sólo una fuerza moral, sino de carácter más elevado que en la simple virtud. ¿A qué seguir siempre, dicen, las opiniones admitidas, y admirar en los hombres de bien una fuerza que tal vez no existe? ¿Qué hay de notable en que una sirvienta ignorante, intimidada desde su niñez por los más sombríos espantajos, no cometa un crimen para el cual le faltan el valor y la inteligencia? ⁽¹⁾ «¿No debe admirarse esa misma fuerza moral, pregunta el corifeo de nuestros críticos en asuntos de estética, en el mal como en el bien? Es más, y lo digo francamente; el último grado de malicia, la rebelión consumada contra Dios, es más sublime, más sorprendente, estéticamente hablando, que la más bella energía del bien». Así habla Teodoro Vischer. ⁽²⁾

Mucho antes que él, Schiller, el poeta favorito del pueblo alemán, había enseñado lo mismo. El malvado consecuente consigo mismo, dice, que no retrocede ante ningún crimen por consideración á las preocupaciones de los

(1) Cf. Sand, *Lelia*, 34.

(2) Vischer, *Ueber das Erhabene und Komische*, 75.

demás, ni siquiera para obedecer á los impulsos de su propia conciencia, da pruebas de una fuerza de alma, de una inteligencia que debemos agradecerle, y que provoca involuntariamente nuestra admiración. ⁽¹⁾

Hasta el árido y seco Hegel se complace en afirmar que, en el estado de inocencia paradisiaca, vivió el hombre privado de libertad, estúpido, dependiente como los animales, y aun de un modo más indigno. Solamente cuando salió del Paraíso empezó á levantarse de su bajeza: por eso debió pecar, sin lo que jamás habria llegado á la autonomía digna de su grandeza, á la conciencia de sí mismo, á la libertad. ⁽²⁾

Desgraciadamente, esa doctrina, verdadera escuela de desmoralización, no fué letra muerta, sino que logró dominar en la práctica de la vida. Si se examina el espíritu que da el tono á nuestras relaciones sociales, no será difícil descubrir hasta qué punto se adoptaron esas opiniones. Nuestra sociedad no comprende ya al hombre de corazón humilde, la vida silenciosa y modesta, que, según la afirmación del Apóstol, da á la mujer tan gran valor ante Dios; ⁽³⁾ sólo tiene para ellos sátiras y desprecios: deja la virtud para aquéllos que no son capaces de brillar por su hermosura, ó de cautivar por la riqueza de su ingenio, ó por su audacia. En cuanto á la castidad, sólo provoca bur-las, y en cambio puede estar seguro de que el mundo le perdonará y aun admirará sus extravíos, aquel que sepa conducirse de suerte que se venaglorie del mal, y se porte como si fuese cosa demasiado vulgar para él la virtud.

En estos últimos años suministró París un ejemplo notable, que muestra hasta qué punto llega la ruina de todas las ideas morales. La francmasonería concedió, no sabemos por qué, un premio de virtud á un actor: para merecer esa distinción, tal vez le bastó haber dado algu-

(1) Schiller, *Ueber den Grund des Vergnügens an tragischen Gegenständen* (Stuttgart, 1836), XI, 527 y sig.

(2) Hegel, *Philosophie der Religion* (G. W., XII, 265 y sig.). Cf. Jul. Müller, *Lehre von der Sünde*, (6) I, 539.

(3) I Petr., III, 4.

nos céntimos á su anciana madre ó haber retirado del arroyo á un borracho; en todo caso no se había excedido. Pero ese premio de virtud le molestó. ¡Un actor y un premio de virtud! ¡Cómo París podía concederle eso? Un actor puede hacer alegre la vida, pero la virtud produce en él un efecto cómico. Así juzga la gran ciudad. El pobre hombre no se podía presentar en parte alguna: en cuanto se le veía, era acogido el virtuoso Moessard con una carajada general, y se vió en la necesidad de dejar á París para ocultar en una ciudad de provincia, donde nadie le conociese, la vergüenza de la virtud. ⁽¹⁾

¿Ni cómo podría ser de otro modo cuando toda la literatura en que nuestro pueblo adquiere su alimento intelectual, y especialmente esa literatura que imprime la dirección en que debe educarse la generación nueva; cuando toda la literatura, no sólo trata á la virtud de debilidad, á la pureza de costumbres de simpleza, y de tontería á la piedad, sino que considera la civilización y la elevación de espíritu como inseparables del libertinaje, y toda transgresión de los límites fijados por Dios como un acto heroico, como condición preliminar de la emancipación?

Ben Johnson indicó ya esa dirección á la literatura, no precisamente para glorificar y excusar el vicio, sino tan sólo para poner de manifiesto el vigor intelectual y la inagotable perspicacia é inventiva que necesita un gran criminal; pero desde que Balzac formó escuela con esa tendencia en la serie de novelas, que resumió en el nombre de comedia humana, y especialmente desde que Zola le conquistó el mundo, puede decirse que se hizo contagiosa.

Como consecuencia de esto, se introdujo en nuestra literatura respecto á la virtud, y singularmente á la piedad, un desdén que será eternamente su vergüenza, y una hipocresía que la convertirá en una maldición para la humanidad, mientras que tenga influencia en los espíritus. Verdad es que se habla mucho de moral, se preconiza la

(1) Zolling, *Reise um die Pariser Welt*, I, 159.

moral libre, y se obra como si se quisiera marcar con el signo de la falsa santidad y de la cobardía tan solo á la virtud que se refugia en el protectorado de la religión. Es la manera de hacer despreciable toda virtud, y de ahí procede el que no se hable de moralidad sin la sonrisa burlona en los labios ó un significativo encogimiento de hombros. Molière, el abuelo de la moral moderna, infiltró ya en la sociedad de su tiempo esta innoble máxima: «Prefiero un vicio cómodo á una virtud molesta». ⁽¹⁾

Si en los días de más refinada hipocresía de la virtud, bajo el cetro de la Maintenon, se atrevía el teatro á predicar semejante moral, podemos fácilmente conjeturar lo que esperar debemos hoy que se han suprimido todas las conveniencias exteriores. Lady Stanhope no teme confesar que encuentra muy natural que Eva hubiese preferido el ángel rebelde á su Adán, enojoso por su misma virtud. Se comprende que á Pückler-Muskau le haya parecido esta chanza excelente, ⁽²⁾ pero nos parece algo inconveniente en una señora. Ese mismo Pückler opina que, en lugar de pecado hereditario, debería más bien decirse nobleza hereditaria, toda vez que por el pecado, escuela del saber y de la experiencia, hemos pasado de lo malo á lo mejor. ⁽³⁾ Hasta un hombre, á quien los gobiernos alemanes habían comisionado, dándole pingüe sueldo, para preparar jóvenes al ministerio sacerdotal y la predicación, el profesor Daub, creía poder hacer que digiriesen el insípido alimento de sus enseñanzas racionalistas, sazónándolo con el aceite de palabras ingeniosas tan groseras como blasfematorias. En tanto que Eva vivió en la inocencia paradisíaca, escribía, era tan sólo un animal que pudo tener relámpagos de razón y de inteligencia; pero únicamente por el pecado entró á formar parte de la humanidad, y nosotros, sus hijos, hemos llegado á una existencia digna del hombre; á su pecado debemos el no vivir hoy en el Paraíso como carneros

(1) Molière, *Amphytrion*, I, 4.

(2) Janssen, *Zeit und Lebensbilder* (2), 106.

(3) Pückler-Muskau, *Briefe eines Verstorbenen*, IV, 287 y sig.